

13 de Noviembre de 1945

Marta de los Angeles Abreu y Arencibia

(Un Reportaje Nervioso con
Clave de Epistolario)

Por BERTA ABOCENA
Especial Para EL MUNDO

Marta Abreu, Mambisa

20 de mayo de 1902. En San Cristóbal de La Habana, en el palacio de los Capitanes Generales de la Siempre Fiel Isla de Cuba, va a celebrarse hoy una fiesta distinta. Así, se escuchan ya los saludos, que por la voz ronca de los cañones de las viejas fortalezas, y por el estridente alarido de las sirenas de los barcos surtos en puerto, hace la Historia, al estreno de una República soberana e independiente. En la Plaza, frente al colonial edificio, hulle la muchedumbre. A la sordina, sin embargo, su apretada emoción suspensa... Marca el reloj las doce. Hasta el sol parece detenerse en el meridiano, cuando allá en el vasto salón solemne, un general, Leonardo Wood, pronuncia la orden gloriosa:

"En nombre de los Estados Unidos de América, izard la bandera de la República de Cuba!"

Un magro caudillo, con sus arrugas con excelsas cicatrices, como nunca palpitante su corazón generoso, presintió la alegría de la enseña tricolor tremolando en el ancho viento, y el fulgor de la estrella solitaria, proyectando al cielo su augusta cifra. Máximo Gómez en seguida se repuso. Y volviéndose a la concurrencia, destaco a dos personas con sendos abrazos.

Una mujer y un hombre, conmovidos, recibieron el abrazo y escucharon decir al Caudillo esta frase: "Ya hemos llegado!"

Una mujer y un hombre! Eran ellos, el doctor Luis Estévez Romero, nuestro primer Vicepresidente, y su esposa, Marta de los Angeles Abreu y Arencibia, quien alta y seguida, disimularia en la ocasión, como era su costumbre, el aura estremecida de sus sentimientos.

Marta de los Angeles Abreu y Arencibia! ¿Por qué después de enfocarte, como Máximo Gómez lo hiciera, convencido de que Cuba te debía el grado que él ostentaba, el de Generalísimo, de acuerdo también con Tomás Estrada Palma

—"Los primeros monumentos de Cuba Republicana han de ser para Antonio Maceo y para Marta Abreu, a quien la Revolución identificó como la ciudadana Ignacio Agramonte"— no intentar un comentario la cronista, cuando se conmemora el centenario de tu nacimiento?

¿Por qué no? La tarea me tentaba desde hace meses. Pero tenía escrúpulo en sólo glosar de pasada la biografía de Marta, el 13 de noviembre de 1945, como pauta un libro de Garófalo Mesa. Descartando el libro aludido, poco material disponible hay sobre el tema para los actuales comentaristas.

Confiada, no obstante, esperé a que mi intuición me guiara en un desvelo de cualquier noche. Y la musa del Insomnio me fué propicia. Una mañana me acerqué al teléfono, y...

"Renée Molina, ¿es usted, amiga mía?"

"Sí, Berta".

"Usted conoció a Marta Abreu. Quiero escribir en torno a ella, no sé qué. Un apunte sencillo o una estampa. Si usted me recibe el jueves por la tarde, ¿verdad que me hablará de Marta?"

Renée quedó silenciosa. Fué un segundo, que sirvió para acicatear mi curiosidad de periodista, a través del alambre tenso.

Al cabo:

"Sí, ven. Te espero el jueves por la tarde. Te tendré preparada una sorpresa".

Marta Abreu, Filántropa

El jueves por la tarde, y era lunes. Pronto, pronto, antes de visitar a Renée, mejor que me documentara en la obra social de Marta. Fácil, porque a retazos —esta vida accidentada de oficina, de colaboración periodística, de reuniones y de juntas, sin contar a los chiquillos que me entretienen en casa— me había impresionado ya la larga lista de sus empresas.

Marta de los Angeles Abreu y Arencibia tuvo inquietud desde niña. Una inquietud lacerante. Aseguran que fué una muchachita melancólica, a causa de la pobreza circundante, que no trataban de ocultarle sus caritativos padres con la cortina de la hogareña opulencia. Marta lo daba todo: vestidos nuevos, juguetes, libros y dinero propio de su alcancía pintoresca. Y no quedaba jamás satisfecha. Marcada vino con el destino de ser para los miserables de Villaclara una patrona laica. Marcada vino con el destino de sobreponer su nombre a la capital de su provincia, capital que a perpetuidad sería: la ciudad de Marta.

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Ignoro cuáles fueron sus maestros. Creo que su cultura no sobrepasó los límites de la que, por lo general, usufructuaban las mujeres ricas de su país, en su época. Espíritu refinado el suyo. Era elegante al vestirse, delatando su recóndita afición a la belleza. Sencilla, eso sí, y modesta aunque altiva parecía en la estatura y en la serena armonía de su gesto, y pese a la en ocasiones vivaz expresión de un enérgico carácter. Para es-

coger compañero tuvo acierto, y de más imaginar que el amor la impulsó solamente, cuando se arrojó ante el altar, jurando fidelidad a un hombre integro, sin más bienes de fortuna que su honradez, su laboriosidad y su talento. Si de niña atendía a los mendigos que llamaban a su puerta, fué después de casada, ya muertos los progenitores munificos, que comenzó su labor social a vertebrarse, al dar cumplimiento a las testamentarias voluntades de sus padres, según inauguró las escuelas para niños y niñas pobres "Santa Rosalía" y "San Pedro Nolasco". En estas fundaciones intervinieron, además, sus hermanas Rosa y Rosalía, herederas también de las virtudes cristianas de Rosalía Arencibia y Pedro Nolasco Abreu, bien conocidos y amados de la comarca, a pesar de sus riquezas aladinescas. De ella sola la iniciativa, después, de crear un plantel "El Gran Cervantes" para los niños de tez oscura y ensortijada crencha, cuya educación no concebía el coloniaje, en logrero perjuicio esclavista. Y el colegio "La Trinidad" para el mismo infantil elemento, en prenda al futuro biógrafo de que la discriminación racial asustaba, como un pecado, la conciencia cristiana de Marta. El color de la piel! Bah! Blancas o negras, quien sabe, las almas, si a compás de la conducta, al Bien o al Mal se inclinan, afirmando o negando a Cristo.

En el Observatorio Meteorológico de Villaclara está la huella de Marta Abreu, quien contribuyó con esplendidez a su fundación y a su sostenimiento. Como está en el Dispensario Infantil "El Amparo", que funciona todavía. Como está en los hospitales y en las cárceles, en algunas vías de comunicación de la provincia, y en la Planta Eléctrica, que sintió sin duda conmocionados sus cimientos, según el dedo índice de Marta apretaba el botón mágico que espantó de Villaclara, en marzo de 1895, las siniestras tinieblas de la noche. Como está en los lava-

deros públicos, por ella mandados a construir, apiadada Marta Abreu de las pobres mujerucas que a la intemperie en los ríos enjabonaban las finas ropas ajenas y los miseros andrajos propios. Lavaderos Públicos de la Ciudad de Marta, donde ahora, bendecidos desde las tarjetas por el nombre ilustre, concurren muchos pilletes de cara sucia a higienizarse y jugar en modernos Kindergartens. Como está —qué ubicua y piadosa la huella de Marta!— en el Obelisco que erigió en su ciudad, a los sacerdotes Juan Martín de Conyedo y Francisco Hurtado de Mendoza, insignes benefactores, nacidos en Santa Clara, en 1687 y 1724, respectivamente.

Como está en el teatro "La Caridad", un coliseo decorado bellamente, que ella costeó por entero, para ponerlo en manos de un Patronato que repartiera entre los pobres de Villaclara las ganancias obtenidas por los espectáculos ofrecidos desde el escenario del edificio. Teatro que se inauguró el 8 de septiembre de 1885, día en que el Santoral Católico celebra la fiesta de la criolla Virgen de la Caridad del Cobre, mulata y mambisa. Adelantemos a los lectores que Renée Molina, quien muy niña todavía, acompañó a Marta Abreu en su palco aquella noche, aun siente humedad en los ojos, al evocar la apoteosis.

Realidad de la esperanza de los pobres de Villaclara! Mecenas, en nuestra Cuba, de una Revolución triunfante, pocos serán siempre los monumentos que a su memoria se levanten, como no sea que los respalde el fervido propósito de que la Asistencia Social, prosperando ahora entre nosotros, gracias a un femenino y tesonero empeño, que sería grato a Marta, conserve intacto el perfume sentimental que dictara a ella una infinita y cristiana lista de empresas, para así homenajear a la intuitiva pionera, dentro de la moderna y organizada técnica del oficio.

¿Verdad que la lista es larga? Larga y emocionante, y hasta admonitoria, cuando recordamos que aquí, en La Habana, en cuyo cementerio Marta Abreu duerme su último sueño, debajo de una losa, no se obedece un capitalino decreto municipal del año 1920, y a la calle de la Amargura se la sigue denominando con ese nombre, en vez de, gozosamente, reconocerla



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

como una homónima de la benefactora y patricia.

De todos modos, ella se sentiría colmada de eternas bienandanzas, si en su isla nativa saliera el sol para el niño pobre; si todos los ancianitos, al sentirse reclamados por la tumba, no se sintieran, además, por la penuria angustiados en sus últimos instantes; si la mujer y el hombre jóvenes sin puntales económicos, vislumbraran accesible el ideal, que a menudo se les funde en plena adolescencia. Ella, así, se sentiría colmada de bienandanzas, aunque la olvidáramos a los cien años del natalicio. Más le complacería todo eso, que el arrebatado vuelo de las campanas de las iglesias y la fanfarria oficial y hasta la ofrenda de un ramo de siemprevivas en su sepulcro, aunque sean anónimos los ofrendantes. Ella, que se opuso a las gestiones, cerca del gobierno de la Metrópoli, con destino a conseguirle el título de Condesa de Villaclara, daría con gusto su gloria póstuma por un amoroso desvelo de todos los cubanos hacia el semejante náufrago, en medio de un mar en calma, y ciudadano olvidado de la República en marcha.

Marta Abreu, Intima

Llegó el jueves, y ¿cuál sería la sorpresa? De que la habria, estaba segura, porque Renée Molina me tiene acostumbrada a eso. Como a menudo mi hija, reeditando una manía de mi infancia, me insta a que le cuente "cosas de antes", yo envío a Renée Molina. Ella "sabe"... En primer término, diré que esconde los años, graciosamente presumida, coquetona y elegante. Sin ahondar jamás en sus penas, que tantas veces la destrozaron intimamente, sitúa la evocación en pentagrama de juventud, porque a diario se remoza. Y qué "charme" el suyo, de narradora amenísima, cuando revive "aquellos felices tiempos". ¿No fué Renée quien me dijo—dedicada a ella la habanera "Tú", de Eduardo Sánchez de Fuentes— que Marta Abreu fué la primera que aplaudió, junto al piano de su casa, esa cubana canción famosísima?

Renée... Vecino de la sala, donde cuadros antiguos, abanicos y encajes en vitrinas, potiches y retratos en las mesas, hablan a través de su valor artístico de la muchacha distinguidísima que fué Renée, en la sociedad habanera, cuando agonizaba el ochocientos, y de su "savoir faire" como la esposa de un diplomático que nos representó en Europa, en la tercera decena del siglo veinte, tiene ella un saloncito de confianza. Los muebles

son de hoy, y de ayer el piano y el cuadro al óleo que lo remata. Al saludarme, vacías sus manos. Y no había nada sobre la mesa de "bridge" que la distrae de tarde, luego de cumplido su quehacer de periodista.

No me atreví a preguntarle por la sorpresa. La interrogué, eso sí, de improviso:

"Bueno, Renée. Y ¿cómo recuerda usted a Marta?"

"Verás. Conocí a Marta Abreu cuando yo era aún muy niña. Veraneaba con mis padres, vecina de Marta, en una casita del viejo Vedado, ahí en la calle de Baños, pegada al mar. Al alcance de la vista, la caseta de un balneario que luego reedificado llevó el nombre de "El Progreso". Era Marta arrogante y alta. De ninguna manera fea, aunque no podría decirse que fué linda, precisamente. Tenía ojos grandes y hermosos. Amplia y amable la sonrisa. Trigueña lavada, le apuntaron las canas tempranamente. Se vestía como una princesa. Desde allí, desde el primer veraneo, la inquebrantable amistad de mi madre, Teresa Quijano de Molina, con Marta... Pero, espérate...

Alza la voz para llamar a su nieta que está en los altos.

"Olga, tráeme la caja donde guardo los abanicos de mamá. Y el cofrecito de Carey. Ven pronto!"

"Será la sorpresa!", pensé alborozada.

Vino Olga, en su payama, con la caja y el cofre. Un perfume de sándalo palpité en el recinto. Pero, el abanico que tomó de la caja tiene varillaje de calado marfil y el "país" está pintado por un artista.

"Míralo, Berta. Aquí en el anverso está la hilera de casitas, de las que yo te hablaba hace un momento. En ésta vivíamos nosotros.

En la otra, Marta Abreu, Luis Estévez y Pedrito. En aquella, los padres de Armando Rosales. Las temporadas eran sabrosas. Para conservar su recuerdo, Marta encargó a Chartrand la pintura del abanico. Del abanico no, de los abanicos, porque otro igualito a éste, que ella regaló a mamá, deben aún tenerlo los nietos de Marta. Por el reverso está la entrada de nuestro puerto, con el Morro vigilante. Y a ambos lados, en medallones, —¿los ves?— dos quitrines: el de mamá y el de Marta.

"Sí", suspiré, sin hablar. "Esta es la sorpresa".

Pero, no, Renée que me observa, esboza una sonrisa.

Ha dicho:



MU
4
30.0042

“¿Te gusta este cofre?”
Sin dejarme contestar, ha abierto el cofre, del que brotan en ramillete, unas cartas. Amarillas están y surcadas por una firme y fina letra inglesa.

“Son cartas de Marta Abreu a mamá. Mamá fué, ya te enterarás, cuando leas, la amiga predilecta de Marta. Le escribió desde el Central San Francisco en Crucés. Desde Prado 72, cuando mamá estaba ausente. Desde París, desde Cambó, desde Eaux Bonnes, desde Madrid y de Málaga, y desde New York. Le escribió siempre cuando viajaba como turista, y cuando se exiló de su país, sospechosas las autoridades españolas de que Marta y Don Luis eran mambises.

Aunque yo quería preguntarle a Renée, infantilmente, el color del vestido que lució Marta Abreu en la inauguración del teatro “La Caridad”; acerca del trato que daba ella a los criados de la casa; alrededor de su fe religiosa; sobre su actitud de madre y de abuela y esposa, dejé mi voz enterrada, toda anhelante, en antena mi oído, mientras ella fragmentaba, para mí, las cartas.

Desde Cambó, en septiembre de 1893, informa Marta a su “queridísima e inolvidable Teresita”, que asistió a la exposición de Chicago y era imposible allí escribir una letra. En Cambó está también ocupadísima, porque hay que dar muchas puntadas para enmendar las chambonadas de las modistas y repasar la ropa blanca. Le dice que muy pronto volverá a Cuba, en la primera travesía del vapor “La Navarre” porque a Don Luis se le ha empeñado, y aunque ella tiene miedo ¡al viaje! Su marido es caprichoso. En Cambó no hay etiqueta. “Qué agradable Teresita”. Y ha podido obsequiar a las niñas pobres que trajeron flores a Rosalía el día de su santo. “Yo sé”—dice ella—“que esto es lo que a usted y a mí más nos interesa”.

En Cambó, Pirineos Franceses, bien llamado el asilo de los poetas, era Marta vecina de Edmundo Rostand. Con esta carta delante, nos atrevemos a afirmar que Marta Abreu no se interesó por la literatura. Ni siquiera hace al autor de Cyrano y Chantecler una referencia. Pero, sí están patentes su sencillez, su actividad febril de ama de casa—“esas mujeres que se pa-

san la vida balanceándose, mientras la casa está sucia”, dijo en otra carta a Teresa, “cómo me atormentan!”—y su preocupación filantrópica, y su ternura materna que la lleva a comentar con orgullo unos versos, muy flojos, de Pedrito.

Renée hace una pausa. Me ofrece un refresco.

Entre sorbo y sorbo, tomo otra flor del ramillete. Y, me divierto. Está ahí nuestro sabio naturalista, don Carlos de la Torre, cuando era joven y su bohemia desesperaba a Marta. “Si usted lo ve—escríbe—no lo conoce. Lo hemos convertido en hombre de orden. Come y duerme a sus horas, y hasta habla sentado. Cuando nos abandone volverá a sus costumbres, y es una lástima”.

Renée me arranca de la lectura para señalarme un largo párrafo, donde Marta Abreu reseña las modas con perspicacia. Lo hace para Renée, que en la primavera de la vida, le gustará enterarse de que en París se llevan las telas de cuadraditos y rayas, y son las mangas fenomenalmente anchas”.

Pasamos a Eaux Bonnes, donde se encontraba Marta, en agosto de 1894, y donde la abruma la pesadez de los títulos. Está claro. A Marta Abreu la atosiga la nobleza! Prefiere entonces huir de señoronas encopetadas y caballeros en constante reverencia, para otear el paisaje. Y recoger para Carlos de la Torre caracoles. Hay en Eaux Bonnes ejemplares preciosos.

Hemos vuelto, con Marta a Cambó. Al Cambó de Rostand, de Loti y de Joyce, del ilustre doctor Grancher, cuñado de Madame Estévez que lo admira y lo quiere muchísimo. Y aquí descubro en la fiel amiga de Teresita Quijano, un giro de expresión, que no desdenaría ningún novelista. Disculpándose de no haberle escrito antes, la desagravia con estas frases:

“Ya la veo que me abraza, me besa como de costumbre y se le acabó la braveza. Pues ahora, echemos todo eso al olvido y como si nada hubiera pasado, sentada una al lado de la otra, vamos a hablar mucho, seguido y sin que se me olvide nada. Pero, que se vaya Renée para el balcón, para que no se aburra y empiece a decir: “Usted se ha olvidado que papá nos espera”. La carta tiene fecha de 15 de octubre de 1895. Rosa, su hermana, marchó a París, acompañando a Grancher, porque Pasteur ha muerto, y el cuñado de Marta era amigo y colaborador del extinto. A Marta le hubiera gustado asistir a los funerales del genial

hombre de ciencias, pero don Luis que todavía se encuentra bien entre las muchachas pirenaicas—¿estará Marta Abreu celosa?—ha preferido quedarse.

En París, en 1896, vuelve Marta a hablar de modas, pero a la vez, puesto el corazón en su doliente Cuba insurrecta, se queja de la frialdad de una amiga: “¿Cómo todavía tiene la gente allí ánimo para divertirse, yendo al parque? Me han contado que E. en su afán de lucir, aprovecha cualquier oportunidad para conseguirlo. Donde no hay cabeza ni corazón, nada debe extrañarnos, Teresita”.

Y otra vez, una inflexión de mujer celosa. Contesta a su invariable amiga, quien le informó que a su esposo le agrada aún elegantizarse, que lo mismo que don Fernando anda don Luis. Presume, y cambia a diario sus anillos y corbatas. “Andese con cuidado, como yo”, aconseja Marta. Era lógico que Marta, sin encono, celara al marido porque ya en la cincuentena, entre ellos florecían las ternezas. Para comprobarlo, escuchan:

Marta no ha escrito a su buena amiga el día 15, como había prometido hacerlo todos los meses, porque el 15 fué su aniversario de boda y hubo que estar de luna de miel cuatro días. ¡Oh, los caramelos azucarados de don Luis! Ella los terminó el 19 de mayo de 1896 para cumplir desde Cambó su compromiso amistoso.

En casi todas las cartas suspira por su país, tan hermoso y tan desgraciado. “Yo que lo amo tanto!” Para despistar al censor, se refiere a la causa separatista, en cuyo triunfo confía, como si se tratara de una casa de comercio. “Pronto”, ha agregado, “empezaremos de nuevo los negocios”.

Hay constancia en una carta de su angustia, cuando el hijo enfermó gravemente. Asistido por Grancher se salvó de la muerte. El mensaje cordial ¡cómo repiquetea la convalecencia, pormenorizando a Teresa, desde Francia!

Marta Abreu compró en París el ajuar de novia de Renée, y explica a Teresita sus dudas y se vanagloria de sus éxitos. “Esa bata rosa es una ganga y es lindísima”. Servicial, le molesta que no le encarguen más cosas y que no indiquen los regalos que prefirieran, porque ella de todos modos regala siempre. Recomienda a Teresita las amigas y los familiares que en Cuba quedaron en desgracia. “Más beneficio espiritual alcanza el que da, que el que recibe la dádiva materialmente. No hay goce parecido al que proporciona halagar o ayudar a un semejante”. Más o menos son éstas, palabras de Marta.

Ama a sus hermanas apasionadamente. Rosalia, por más pequeña, se le figura tan hija suya como Pedrito. Asoma al epistolario su devoción por los padres difuntos y el entrañable cariño a su patria chica.

Comentando, Renée anecdotiza:

Una vez, valida de su confianza, “mamá le censuraba a Marta que trasladara de Prado 72, su señorial residencia capitalina a la casona provinciana algunos muebles valiosos. Aquello fué motivo del único disgusto de Marta Abreu con mi

una carta fechada en New York a 3 de diciembre de 1898, cuando felicitaba a Teresa con motivo del nacimiento de Fernando García Kohly, su primer nieto. (¡Fernando! su mutis apresurado acongoja a Renée todavía, retoñada su materna ilusión, sin embargo, en la juventud de Olguita.)

“Tengo los ojos enfermos, y me cuesta mucho escribir. Pero, dígame, ¿cómo es el nieto? Felicita a Renée por lo bien que se ha portado, dándole un hijo a la patria. Dígame que todos los años repita la gracia, pero que sean varones, porque ellos son los seres felices del Universo.”

Volvieron a reunirse en Cuba Libre Marta Abreu y Teresa Quijano, charlando por los codos, sin cansarse. Ya Renée no se aburría y sobaban los balcones de la casa. Volvieron luego las dos amigas a separarse, y esta vez para siempre, porque Marta iba a morir en París, en enero de 1909, aterida de frío, bajo un cielo plomizo, y agudizada su nostalgia por las alucinaciones de la anestesia.

Pero, antes, desde Málaga, en abril 22 de 1907, como para imponernos a los curiosos que ahora espigamos en sus cartas, de la constante abnegación de Marta, dice ella a Teresita Quijano que ha renunciado a visitar Sevilla en la Semana Santa y a la Feria que tiene tanta nombradía, “pero nos aconsejaron que no lleváramos a los niños porque con la aglomeración de gente, se desarrolla una epidemia de esas que hay en todas las poblaciones, y así por no dejar a los niños, aunque Rosa se ofrecía quedarse con ellos, preferí no ir, y ya empiezo a hacer sacrificio por los nietos, pues verdaderamente deseaba ir a ver la Semana Santa en Sevilla”. (Los niños eran los tres hijos de Pedro Estévez y Abreu, y quienes estuvieron a cargo de Marta hasta la muerte de ésta).

0000043



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

000044

Aquí, la última carta. Le falta el pliego de despedida (¿no será que, presintiendo el desenlace próximo, la escamoteó Teresita del cofre para guardarla en su libro de misa?) En este mensaje de Marta Abreu, donde ella da el pésame por la muerte de un familiar a su amigo, se captan sus ansias de no marcharse. Los niños son muy pequeños y Marta sabe que a don Luis, a Rosalia, a los pobres de Santa Clara, ella les hace muchísima falta.

"Deseo tener sobre todo—escribo—pormenores de la desgracia ocurrida, por saber si él se vió morir, porque para mí, por resignado y cristiano que sea uno, el verse ir del lado de las personas queridas debe ser terrible".

Marta de los Angeles Abreu y Arencibia! Irse del lado de las personas queridas debe ser terrible, pero no tanto para una misma como para los seres amados, si logramos, como tú, hacer atractivo el ámbito más vulgar en la más hostil circunstancia. De ahí que no extraña la cronista, que a un mes y unos días de tu muerte, una bala pusiera punto final a la existencia de aquel don Luis Estévez y Romero, primer Vicepresidente de la República nuestra, notable abogado y publicista, eficaz colaborador de tus empresas, y devoto galán, a lo largo de vuestro ininterrumpido romance, de continuo rendido a tus plantas!

Puede que ese final no fuera, en definitiva, una fuga romántica. Pero de lo que sí estoy cierta es de que cualquier problema que impulsara a don Luis a la determinación funesta, de encontrarte tú a su lado, con tu valor y tu ánimo, se hubiera resuelto de manera distinta. Muy otro, que el suicidio, entonces, el resorte que para llevarse a

madre" Y, ¿que encuentra usted en La Habana que no haya en Villaclara, Teresita? La discusión terminó en un abrazo, pero mamá nunca más volvió a herir el susceptible regionalismo de Marta.

El epistolario es nutrido. Con Renée y hasta sin ella, ¡cuánto me interesa! Son las cartas matices íntimos de una mujer que no soñó en immortalizarse, que sufrió y de qué modo. Pero no es hora de hurgar en sus sufrimientos. Que vislumbró, sin acaso darse cuenta, la razón de la cruzada feminista, cuando le dolía que en su país, copiando Don Juan Tenorio, este y el otro joven se burlara de una muchacha decente, mientras la sociedad aprobaba o disimulaba la felonía. Porque además... "Escuchémosla en don Luis pusiera la Parca en accho.

Marta de los Angeles Abreu y Arencibia. ¡A los cien años de tu nacimiento, echo a vuelo mis júbilos en reportaje nervioso. Eres en el patriótico calendario, la ciudadana Ignacio Agramonte. Eres en un laico santoral la Patrona de los Menesterosos. Eres en el mapa de Cuba, cuando a la geografía sentimental se rinde culto, el perfil más sugestivo de tu provincia. Eres en el cofre de carey de Teresita Quijano un ramillete de cartas, que utilizó Renée Molina para deslumbrarme con su sorpresa, alcanzándole una estrella a mi carrera de periodista.

Una estrella que con su luz prestó un fulgor a mi prosa.

M, nov 13/45